



Amor divino

Discurso del maestro Alireza Nurbakhsh
en el círculo de los *darwish*

La primera vez que leí la historia de Rumi sobre el encuentro de Moisés y el pastor, me sorprendió el hecho de que el pastor estuviera mucho más cerca de Dios que Moisés, a pesar de que la idea que el pastor tenía de Dios no fuera ni remotamente verosímil. Años más tarde, cuando volví sobre esta historia, me pareció que Rumi había desentrañado un profundo misterio del amor divino: para amar a Dios, uno no necesita tener un concepto o una descripción correcta de Dios, lo que se requiere es un corazón ardiente.

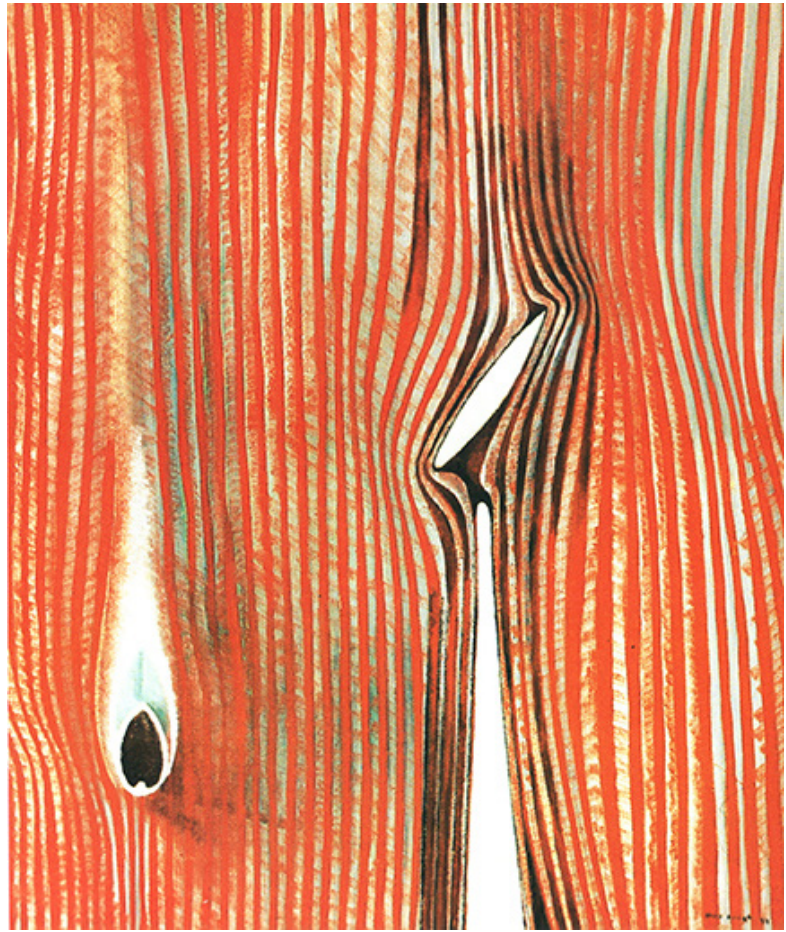
La historia de Rumi comienza cuando Moisés, en su caminar por el desierto, se encuentra con un pastor que está dirigiéndose a Dios en los siguientes términos: “Oh Tú, que decides sobre todas las cosas”, decía suplicante, “¿dónde estás para que pueda convertirme en Tu sirviente y coser Tus zapatos y peinar Tu pelo, que pueda besar Tus pequeñas y delicadas manos y masajear Tus piecitos, para barrer el rincón de la habitación en la que apoyas Tu cabeza, Oh Tú, a quien ofrezco todas mis cabras en sacrificio, Tú, de cuyo recuerdo proceden todos mis suspiros y lamentos?”.

Al oír lo que consideró un parloteo descarriado, Moisés se acercó al pastor para reprenderle y hacerle saber que al expresar esos sinsentidos blasfemos se había convertido en un infiel. Cuan-

do el pastor escuchó la reprimenda de alguien que era un profeta de Dios, se sintió profundamente avergonzado y arrepentido por las blasfemias que había pronunciado. Con el corazón en llamas, recogió sus cosas y huyó al desierto. Entonces, le llegó repentinamente a Moisés una revelación de Dios: “Has de saber que Yo no presto atención a las palabras sino a lo que subyace en ellas. Miro en el corazón para ver si es humilde, incluso si las palabras dichas parecen carentes de respeto. El corazón es la sustancia mientras que las palabras son un mero accidente, y es la sustancia lo único que es importante para Mí. Deseo un corazón ardiente, y no meras palabras y conceptos. Prende la llama del amor en tu corazón, Moisés, y quema todas las expresiones y pensamientos. Pues aquellos ocupados



Nadador ciego: efectos de un contacto. Max Ernst, 1934



en las prácticas y convenciones externas son de un tipo, mientras que los de espíritu ardiente son de otro completamente diferente”.

El amor humano comienza con un encuentro, las descripciones y las nociones sobre la persona que amamos llegan después. Las descripciones nos ayudan a conectar con la persona que hemos llegado a amar sólo después de que el amor haya prendido tras el encuentro. Lo mismo se aplica al amor divino. Sin un encuentro con lo divino, no puede haber amor divino. Uno no puede comprometerse y participar en el amor divino sólo mediante descripciones de lo divino, incluso aunque resulten ser del tipo de descripciones “correctas”. Un encuentro con lo divino es la condición previa del amor divino. Es lo que llega primero, después

uno puede elegir el tipo de descripción que prefiera para referirse a lo divino, tal y como hizo el pastor.

¿Pero cómo ocurre el encuentro con lo divino? No existen recetas o fórmulas preestablecidas para un hecho así. Puede suceder repentinamente mediante cualquier experiencia ordinaria en el mundo, como ver la sonrisa de un amigo, escuchar una melodía, captar el significado de un poema de amor, ser objeto de la amabilidad de un extraño, o contemplar el dulce movimiento de una persona caritativa.

El asunto está en que, una vez que se produce el encuentro, la persona comienza su viaje en la senda del amor divino. ¿En qué medida es este amor distinto del amor entre los seres humanos?





En la historia de Rumi, Dios le dice a Moisés que lo que Él quiere es un “corazón ardiente” y no meras palabras o expresiones. Si adoptamos la expresión “corazón ardiente” como nuestra guía en este contexto, entonces el amor divino se refiere a una forma de amar, más que a un amor que se defina en función de su objeto. Lo que hace divino nuestro amor no es lo que amamos, sino la forma en la que amamos aquello que amamos.

Esto puede parecer contradictorio. Por un lado, he sugerido que un encuentro con lo divino es la condición previa para que el amor sea divino y, por otro, estoy proponiendo que lo que hace que nuestro amor sea divino es la forma en que amamos y no aquello que amamos. ¿Por qué debería ser necesario un encuentro con lo divino si es sólo nuestra forma de amar lo que hace que sea amor divino? Además, si somos capaces de un encuentro con lo divino para ponernos en marcha en la senda, ¿por qué no definir el amor divino en términos de la naturaleza de ese encuentro?

El encuentro con lo divino es esencial para enamorarnos de lo divino. Sin embargo, este encuentro no es un suceso que ocurra fuera de este mundo o más allá de nuestro continuo espacio-tiempo. Esto es así porque cada objeto en este mundo manifiesta lo divino y, por lo tanto, un individuo puede encontrar lo divino en cualquier cosa, en cualquier lugar y en cualquier momento. Pero una vez que ocurre, y es crucial que ocurra, llegamos a comprender que lo divino está presente en todo. Por lo tanto, una forma de definir el amor divino podría ser el amor hacia todas las cosas, por diferenciarlo del amor por un objeto concreto. Pero esta definición no distingue suficientemente el amor divino del amor humano, y el interrogante permanece: ¿es la naturaleza del amor divino (es

decir, al amor por todas las cosas) la misma que la del amor humano?

Una vez que alcanzamos la comprensión de que lo divino lo impregna todo, la naturaleza y la forma de nuestro amor cambian drásticamente. Puesto que cada cosa se convierte en objeto de nuestro amor, la manera en que amamos evoluciona de lo humano a lo divino.

El amor divino puede comenzar con el acto de amar a otra persona, pero este amor evoluciona gradualmente hasta abarcarlo todo y, a medida que nuestro amor lo abarca todo, trascendemos las normas asociadas al amor humano y la manera de amar cambia en tres aspectos importantes.

El primero es su naturaleza incondicional. El amor humano es una relación recíproca entre dos personas y se basa en las expectativas mutuas. Si nos sentimos maltratados por la persona que amamos o esa persona no satisface nuestras expectativas, es simplemente humano que dejemos de amarla y busquemos otra persona que pueda satisfacer nuestras expectativas y necesidades. Sin embargo, en el amor divino se trasciende la naturaleza condicional del amor humano. Nuestro amor se hace divino cuando no disminuye ante la dureza o la indiferencia de la persona que amamos. Poseer un “corazón ardiente” significa no cesar nunca de amar, sin que importe cómo se comporta nuestro amado, tanto sea con dureza como con cariño. El pastor continúa amando a Dios a pesar del reproche de Moisés, incluso aunque “ve” la reprimenda de Moisés como procedente del mismo Dios.

La segunda manera en la que el amor divino difiere del humano es la naturaleza omniabarcante e indiscriminada del amor divino. En nuestro amor por los demás, amamos a personas que se preocupan por nosotros o hacia las que nos sentimos cercanos. Podemos sentir indiferencia hacia



los demás y, ocasionalmente, podemos incluso sentir odio hacia ellos. Sin embargo, el amor divino es omniabarcante. El poseedor de un “corazón ardiente” no puede encontrar en su corazón odio o indiferencia hacia nadie. Es como si el amor divino borrara cualquier pensamiento o sentimiento de indiferencia u odio que pudiéramos tener hacia los demás. Esta es la esencia de la compasión. El enamorado de lo divino quiere que los demás estén felices y libres de sufrimiento independientemente de quienes sean, amigos o enemigos.

La tercera diferencia es que en el amor divino el enamorado carece de yo ante su amado o amada. En el amor común, lo habitual es que el enamorado desee a su amada sólo en la medida en que ésta consiga satisfacer sus deseos y necesidades. Aquí, lo que motiva al enamorado es aquello que le hace feliz, y no lo que la amada pueda desear. Pero en el amor divino la importancia y la prioridad son para el amado, el amante sólo desea lo que la amada desea. Rumi expresa este tipo de amor hacia su maestro, Shams Tabrizi, en estos versos:

*Oh rey de los enamorados, ¿alguna vez viste
a alguien más complaciente que yo?
Estoy vivo con lo que para ti está vivo
y muerto con lo que está muerto para ti.*

Es el encuentro inicial con lo divino lo que hace posible nuestro caminar por la senda del amor divino. Sin tal encuentro es tarea imposible amar incondicionalmente, indiscriminadamente y desinteresadamente.

